

David Chariandy
Hermano

Traducción del inglés
de Andrés Barba y Carmen M. Cáceres

Alianza editorial

Título original: *Brother*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con McClelland & Stewart, un sello de Penguin Random House Canada Limited.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Joy van Tiedemann

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 David Chariandy

© de la traducción: Carmen Mercedes Cáceres y Andrés Barba Muñoz, 2019

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-424-5

Depósito legal: M. 278-2019

Printed in Spain

Para Austin

En una ocasión me mostró su lugar en el cielo. Un poste de luz en un aparcamiento abandonado y cubierto de hierbajos. Al mirar hacia arriba, se veían los riesgos de la escalada. Las líneas de alimentación en los aisladores, el cubo de cables del transformador de distribución local, los puntos de apoyo oxidados que se perdían en aquel cielo recortado por cables. «Cuando subas, oirás el sonido de la electricidad —me advirtió—. Sentirás que te castañetean los dientes y se ilumina toda una ciudad de miedos en tu cabeza. Pero, si consigues llegar a la cima —dijo—, te vas a sentir muy bien con todo ese aire libre y esas vistas. Te va a parecer que puedes leer el trazado de las calles, allá abajo.»

«Es un mirador excelente —dijo mi hermano—. Uno de los mejores del barrio, pero, si pisas mal una de las líneas o rozas la pieza de metal que no corresponde mientras aún sigues tocando la otra, te electrocutarás. Te quedarás colgando más rígido que un espantapájaros y echando humo, vaya negro espectáculo de muerte le vas a ofrecer a todo el barrio. ¿No querrás acabar así? —me preguntó—. Entonces, cuan-

do subas —dijo—, tienes que tener cuidado. Observa a tu hermano mayor y sigue de cerca sus movimientos. Piensa dos veces cada paso antes de darlo. Recuérdalo bien durante todo el ascenso.»

Eso es lo que me enseñó mi hermano mayor. Que el recuerdo no tiene nada que ver con lo viejo y lo gris y lo que ha acabado hace mucho. Que el recuerdo es el músculo que agujonea el presente. Un muchacho que se crece ante el cerebral zumbido del poder.

«Y, si no recuerdas —me dijo—, perderás.»

Uno

Ha regresado. El autobús se aparta de un banco de nieve deshecha y me permite verla de pie al otro lado de la avenida. Ya no es una chica de barrio, ahora es una mujer joven con botas de tacón y un abrigo ceñido contra el frío y la oscuridad. Lleva una mochila, no una maleta, y eso es lo que en realidad la convierte en Aisha. La forma que tiene de cargar con sus cosas con un gesto brusco e impaciente antes de poner un pie en el asfalto y cruzar los carriles rociados de sal que nos separan.

—No llevas ropa para este clima —dice.

—Estoy bien. No he esperado mucho. Estás muy guapa, Aisha.

Frunce el ceño, pero acepta que le dé un abrazo, que tarda en desvanecerse hasta que nos separamos y comenzamos a caminar hacia el este, con las barbillas parapetadas contra el viento que se desliza abriendo un túnel entre las torres de apartamentos que nos rodean. Un coche que viene en dirección contraria le ilumina la cara de repente y es verdad, está realmente guapa. La misma piel oscura con tonos rojizos, el pelo

que ella misma despreció en alguna ocasión por «mestizo». Han pasado diez años desde que hablamos por última vez y en el denso silencio que surge entre nosotros parece que hasta la menor falsedad puede echar a perder este reencuentro. Un camión irrumpe de pronto por la avenida a nuestro lado y nos salpica aguanieve en los pantalones y los zapatos. Aisha maldice, pero, cuando nos miramos, me ofrece una leve sonrisa.

—Una bienvenida en toda regla —dice.

—Pareces un poco cansada. Te he preparado una cama.

—Gracias, Michael, gracias por ofrecerme un sitio donde quedarme. Siento no habértelo contado antes. No sé en qué tengo la cabeza estos días. Ya me conoces, nunca se me ha dado bien pedir favores.

Estaba en el extranjero al enterarse de que habían ingresado a su padre en cuidados intensivos y, cuando me llamó, me dijo que había sentido cómo el miedo la invadía en el acto, pero también una vaga indignación. En las esporádicas cartas que le había enviado, su padre le había insinuado que se sentía cansado, aunque no había confesado lo del cáncer. Ella hizo una larga serie de escalas hasta Toronto y, luego, en un autobús de la Greyhound hasta el hospital para enfermos terminales de Milton, la pequeña ciudad a la que se había mudado su padre hacía poco. Se quedó a su lado toda aquella semana hasta el final y, aunque tuvieron tiempo para conversar, no fue ni de cerca suficiente. «¿Qué le podía decir?», me preguntó al teléfono con voz áspera, y colgó, dejando un silencio imposible de llenar para mí. Una llamada de la nada. «Ven, por favor», le dije, pero la duda se filtró en mi voz incluso cuando me repetí a mí mismo: «Ven a casa, al Parque».

El Parque es todo esto que nos rodea. Esta concentración de edificios bajos y casas adosadas y torres torcidas de apar-

tamentos de hormigón que esta noche se perfilan en un cielo de un púrpura insulso a causa de la luz que desperdicia la ciudad. Nos acercamos al extremo oeste del puente de la avenida Lawrence, un monstruo de hormigón armado con más de ciento ochenta metros de largo. Varios metros más abajo fluye el Rouge Valley, que abre su propio camino a través de los suburbios sin prestar atención a las cuadrículas diseñadas por los hombres. Pero esta noche el Rouge es invisible para nosotros y acabamos de llegar al Waldorf, una urbanización de casas adosadas en la orilla del puente, hechas con maltrechos ladrillos color salmón y adornadas con toldos de lona azul eternamente agitados hacia la esquina noroeste. La unidad en la que Aisha vivía con su padre hace diez años está en la apreciada cara sur del edificio, lejos del tránsito, pero el lado en el que he vivido yo toda mi vida da a la parte más ajetreada de la avenida y está expuesto al constante chirrido de los neumáticos contra el asfalto. Le señalo a Aisha el hormigón medio suelto del dintel y, cuando trato de meter la llave en la cerradura, sufro un repentino episodio de torpeza. Abro la puerta de un empujón y dejo al descubierto un cuarto de estar iluminado por la vacilante luz de un televisor sin volumen. Vemos la parte de atrás de un sofá y, sentada en él, a una mujer de pelo canoso que no se vuelve para mirarnos.

Le hago señas a Aisha de que no debemos hacer ruido. A modo de demostración, me quito los zapatos y, con los abrigos aún puestos, la guío rápidamente a través del cuarto de estar. La mujer del sofá continúa viendo la televisión sin volumen, la parodia de un programa de entrevistas, el invitado famoso ríe mientras echa la cabeza hacia atrás. Conduzco a Aisha por un pasillo corto hasta la segunda habitación. Una

pequeña lámpara proyecta un círculo de luz sobre un escritorio, hay una litera con colchón y sábanas tan solo en la cama de abajo, la de arriba lleva mucho tiempo desnuda, hasta han quitado el colchón, dejando al descubierto unos esqueléticos listones de madera. Cierro la puerta al pasar y, en la repentina estrechez del cuarto, me pongo a dar explicaciones. Evidentemente, no vamos a dormir juntos. Yo lo haré en el sofá del cuarto de estar, que es bastante cómodo, de verdad. Le muestro la toalla y las mantas extra que he apoyado de manera evidente sobre las sábanas de la litera de abajo. Me detengo cuando noto que Aisha me mira fijamente y que su mochila ni siquiera ha rozado el suelo.

—¿Tu madre ha dejado de hablar? —pregunta.

—Habla. Sólo que a veces se queda callada, sobre todo por la noche.

—Lo siento —me dice, sacudiendo la cabeza—. No debería haber venido. Es una intromisión.

Unos trozos de aguanieve salpican la ventana del cuarto. Otro camión que pasa demasiado cerca del bordillo. A rebufo de ese ruido inesperado, un sentimiento crece en mi interior, un sentimiento tal vez de vergüenza por haber creído que podía clausurar nuestra conversación así, charlando sobre instrucciones para pasar la noche y toallas, por haber reconocido lo del padre de Aisha, pero no la otra pérdida que ensombrece este cuarto y que puede medirse en los diez años de silencio que se han producido entre nosotros.

—Aún pienso en Francis —dice.

Francis era mi hermano mayor. Cualquier chico duro podía presumir de conocer su nombre, cualquier padre podía pronunciarlo a modo de advertencia. Pero, antes que nada, era aquel hombro desnudo y cálido, aquel cuerpo siempre a apenas un milímetro de distancia del mío.

Nuestra madre había venido de Trinidad, de lo que los padres de su generación llamaban las Antillas. Un sitio al que Francis y yo, ambos nacidos y criados aquí en Canadá, habíamos ido una vez y que reconocíamos vagamente en ciertas palabras y sonidos y sabores. Era el sitio que justificaba la presencia en nuestra casa de algunas bebidas como el mabí y el agua de Jamaica y también otra que tenía el inexplicable nombre de Peardrax y que una vez Francis me hizo creer que era detergente para baños. Por algún motivo, pensábamos que las Antillas explicaban también otros objetos igual de raros en la casa, como el globo de nieve de las cataratas del Niágara o la continua amenaza de *Snowbird*, el *single* de Anne Murray. Era un sitio en el que vivían unos familiares a los que habíamos conocido apenas fugazmente y que ahora

sobrevivían en viejas fotografías en blanco y negro, imágenes fantasmagóricas que se suponía que tenían que explicar nuestros ojos y nuestra forma de sonreír, nuestro pelo y nuestra constitución.

En la casa había otra fotografía vieja, una que Francis descubrió cuando éramos pequeños escondida en el armario de la habitación de Madre. En ella se veía a un hombre con un bigote tan bien arreglado que parecía que se lo había pintado. Llevaba una chaqueta ligera de color claro, el cuello de la camisa abierto y un poco levantado. Al verla, me venían a la cabeza —o al menos lo hacen ahora— palabras antiguas como *cortés* y *caballeroso*. Ese hombre era nuestro padre, también de las Antillas, y vivía ahora en algún lugar de la ciudad, aunque se había marchado de casa cuando Francis tenía tres años y yo apenas dos. La fotografía no estaba bien enfocada, y nos recuerdo a Francis y a mí de pequeños buscando fijamente algo reconocible en el contorno borroso de la cara de aquel hombre. Su piel era mucho más oscura que la de Madre, pero se nos había dicho que no era negro como ella, sino algo llamado «antillano» —aunque esa identidad parecía perderse en la pobreza de la fotografía o en la gruesa capa de Brylcreem que llevaba encima, una capa tan artificial como el pelo desmontable del hombrecito de Lego.

En realidad, ninguno de nosotros —ni Francis ni Madre ni yo— sentíamos un gran interés por el triste pasado de las fotografías. Bastante teníamos ya con explorar el aquí y ahora, y, sobre todo, con el continuo desafío de dar con lo que nuestra madre llamaba «una oportunidad». Madre trabajaba de encargada de limpieza en edificios de oficinas, en centros comerciales y en hospitales. Era también una de *esas* madres negras reacias tanto a pedir como a aceptar la ayuda de los

demás. Reacias a sufrir el más mínimo menoscabo a su independencia o a sus perspectivas de posible ascenso. Si de repente surgía un trabajo en algún lugar alejado de la ciudad que ofrecía la promesa de ascensos futuros, o si, también de repente, se daba la oportunidad de un puesto de jornada y media, ella aceptaba el trabajo, aunque eso implicara dejar a sus dos hijos solos en casa.

No le gustaba la idea de abandonarnos y, si la noche anterior se enteraba de una inminente jornada nocturna, perdía sus valiosas horas de sueño cocinando y preocupándose por las comidas y las actividades del día siguiente. Cuando teníamos deberes, los ponía sobre la mesa del comedor junto a las bandejas de comida y verduras, o de arroz y guiso de pollo. Había ternura en sus platos, amor en la receta que preparaba a la perfección con el afrutado sabor del ají habanero. Cuando llegaba el momento de ponerse el abrigo y los zapatos, se encontraba en un estado extremo de cansancio, casi vencida por la culpa, y aun así nos regañaba amargamente y nos amenazaba con cosas absurdas. Su voz, instruida con dureza en el inglés de la reina, enunciaba amenazas extraídas de los infiernos más profundos de la historia.

—Nada de contestar a la puerta ni de subir la calefacción. Nada de encender el horno ni el fogón en ningún momento. ¿Me has oído, Francis? Si cuando regreso descubro que tú o tu hermano os habéis hecho daño, os dejaré la espalda *roja* con el cinturón. Está *totalmente* prohibida la tele después de las ocho, si no regreso antes. Nada de *Equipo A* ni de ese Mario Baracus ni cualquiera de esas estupideces de pandilleros en mi casa. ¿Te ríes? ¿Crees que estoy de broma? ¿Te crees muy *duro* como para hacerme caso? Pues id y tocad la perilla del fogón. Abrid la puerta principal una sola vez... y

os colgaré del techo por las uñas de los pulgares. Os despegaré vivos y os dejaré chillando. Voy a pegaros tan fuerte que le van a salir cicatrices hasta a vuestros *hijos*. ¡Hasta a los *hijos* de vuestros hijos!

Francis y yo asentíamos y sacudíamos las cabezas al unísono a modo de apremiante juramento. Madre se arreglaba el uniforme y el pelo en el espejo que estaba junto a la puerta y se marchaba sin mirar atrás, cerraba con llave y se aseguraba varias veces de que estaba cerrado antes de que oyéramos vagamente el sonido de sus pasos sobre la acera alejándose a toda prisa entre el ruido del tráfico. Durante las horas siguientes, Francis y yo tratábamos de portarnos bien. Cenábamos, recogíamos los platos y sólo después buscábamos en los armarios más altos de la cocina las otras cosas que nos apetecía comer, densos sorbos de sirope de maíz que bebíamos directamente del recipiente amarillo con forma de panal o el picor en la lengua del polvo verde de gelatina Jell-O que lamíamos lentamente de una cuchara. Hacíamos los deberes que Madre nos había dejado preparados, pero, a continuación, aprendíamos otras cosas sobre el mundo y otras habilidades igual de importantes para la vida en *Apartamento para tres* y en *Los Dukes de Hazzard*. Cuando nos hicimos un poco más mayores, los viernes que Madre no estaba veíamos a medianoche unas comedias italianas que tenían la seductora advertencia de «Menores bajo supervisión». Ahí estábamos Francis y yo, sufriendo pacientemente aquellos intrincados argumentos en un idioma extranjero sólo por la promesa de ver un par de tetas unos segundos.

—¡Las está enseñando! —me gritó una vez desde el cuarto de estar—. ¡Las *dos* a la vez! ¡Tienes que venir ya! ¡Ya mismo!

—¡Espera! ¡Espera! —respondí desde el baño tropezando, cayéndome y arrastrándome con los pantalones por los tobillos hasta que al fin llegué adonde estaba Francis. Pero allí no había *nada* que ver. Sólo un publipreportaje nocturno sobre el deshidratador de alimentos Ronco.

Las carcajadas de Francis. Y aquella estúpida cecina.

Tenía la dignidad y el respeto de esperar al menos una hora antes de mover ficha. La primera ocasión en la que Madre nos dejó solos en casa fue increíble. Cuando empezó a caer el sol, mi hermano arrastró una silla de la cocina para llegar hasta el cerrojo de seguridad de la puerta principal. Hizo clic al destrabarlo y empujó la puerta. Allí estaba ante nosotros. La libertad de la avenida Lawrence. Las luces de seguridad y los edificios de los apartamentos manchados de óxido.

—Recuerda —me dijo Francis—, no hemos abierto la puerta principal.

El mundo que nos rodeaba se llamaba Scarborough. En el pasado se había llamado «Scarberia», un páramo del extrarradio de una ciudad en expansión. Pero en la época de nuestro crecimiento, a comienzos de los ochenta, con aquel lenguaje aún caliente de país en plena transformación, oíamos que lo llamaban también con otros nombres: Scarlem, Scarbistan. Nosotros vivíamos en *Scarbro*¹, un suburbio que había crecido vertiginosamente como unas setas primero amarillas, luego marrones y, al final, negras. Nuestros vecinos eran la seño-

1. La zona de Scarborough, al este de Toronto, era considerada entonces un barrio de clase baja caracterizado por la diversidad racial. Los términos *Scarlem* y *Scarbistan* hacen referencia a esta procedencia, igual que «*Scarbro*», que se podría traducir como «colega de Scarlem». [N. de los TT.]

ra Chandrasekar y el señor Chow, Pilar Fernández y Clive *Chaval* Barrington. Hablaban distintos idiomas, comían distintos tipos de comida, pero como todos eran de una colonia u otra, tenían un vocabulario común para referirse a los chicos salvajes como nosotros. Éramos «granujas». Éramos «gamberrros» que no hacían más que «callejear». Éramos lo que un vecino, más poeta que vigilante, describió en cierta ocasión como unas «asquerosas criaturas, más astutas que la mangosta», que saqueaban contenedores y cuartos de la basura o trepaban a los árboles y a las escaleras de la salida de emergencia para espiar a los adultos. En invierno, tirábamos bolas de nieve a los coches de la avenida Lawrence y, cuando los conductores intentaban perseguirnos, desaparecíamos en los callejones oscuros. Una vez un Ford Pinto Wagon pasó rozándome la cara, su inercia tiró de mí, aunque la mano de Francis me agarró con fuerza del hombro y me puso a salvo.

Durante el día teníamos oportunidades educativas más formales. Nuestro colegio se llamaba Sir Alexander Campbell, en honor a uno de los padres de la Confederación, pero nosotros, los alumnos, teníamos nuestras propias confederaciones, nuestros propios territorios y alianzas en el patio, nuestros propios himnos y tratados de comercio. Escuchábamos Planet Rock, llevábamos mochilas de Adidas y vaqueros gastados y gorras de pintor. Se nos podía oír en todas las reuniones generales en el auditorio, nuestras incontenibles voces unidas en cualquiera que fuera la ceremonia a la que se suponía que teníamos que asistir educadamente sentados.

«Francis, colega, cómo va.»

«¡Un tío duro, Francis! ¡La estrella de la pandilla!»

Tanto Francis como yo cumplíamos largas condenas en las aulas bajo el zumbido químico de las luces fluorescentes,

en parte por miedo a nuestra madre, que nos advertía —so pena de algo peor que la muerte— de que no perdiéramos «nuestra única oportunidad». Pero a Francis le gustaba aprender en realidad. Leía libros y era buen observador.

Y, al salir de clase, había también otras instituciones en las que podíamos aprender. A unas doce manzanas al oeste de las torres y de las urbanizaciones del Parque, en el cruce de Markham y Lawrence, se extendía una zona comercial. Había tiendas de comestibles que vendían todo tipo de especias y hierbas bajo letreros en idiomas y tipografías extranjeras, verduras y frutas con nombres vagamente familiares como la quenepa o el taro. Había restaurantes que sobrevivían un promedio de un año con carteles escritos a mano en los que se prometían helados «con sabor al viejo hogar» de mango, *khoya* y *badam kulfi* y un segundo letrero escrito a toda prisa con rotulador rojo en el que se aseguraba que, si alguien lo deseaba, servían también ese misterio de la «comida canadiense».

Estaba, asimismo, la tienda Heritage Value, cuyo dueño era un gilipollas que había enmarcado su inútil diploma extranjero, despreciaba las sucias y oscuras agallas de cualquier otro inmigrante y amenazaba a su esposa y a sus dos hijas con interminables jornadas en la caja registradora vendiendo billetes de lotería y tarifas de teléfono baratas a Kingston y a Ho Chi Minh y a Colombo y a Puerto España. El padre nos odiaba a Francis y a mí, reconocía en nuestras caras la mirada del que está «sin un céntimo». Cuando trabajaba él, teníamos pocas probabilidades de colarnos en su tienda, pero, cuando le tocaba el turno a la esposa o a las hijas, podíamos entrar y comprar algunos Double Bubble o un paquete de Fun Dip de tres sabores, echábamos un vistazo a la zona de las neve-

ras donde estaban los helados Klondike y las tartas Eskimo, cubiertas con gruesos cristales de escarcha y con aquellos precios fuera de nuestro alcance, y hasta pasábamos unos minutos en el mostrador de los cómics fingiendo que elegíamos uno para comprar cuando, en realidad, los leíamos a toda prisa. Todas aquellas historias de héroes enmascarados mal leídas. Sus orígenes ocultos, su eterna guerra contra los villanos más terribles.

Francis tenía pesadillas. Estaba tumbado en la litera de arriba y yo escuchaba su respiración, los jadeos suaves que le provocaban las alergias o los resfriados. Cuando estaba a punto de quedarse dormido, le invadía un miedo extremo. Se despertaba con un grito que salía de lo más profundo de su cuerpo, de la garganta quebrada y el estómago vacío, y yo tardaba un rato en darme cuenta de que también estaba gritando. Cuando Madre estaba en casa, se acercaba a consolarnos. Se recostaba a nuestro lado y hacía retroceder todos los miedos con el calor de su cuerpo. Permanecíamos despiertos y en silencio los tres durante un buen rato viendo cómo el viento daba forma a los fantasmas en las cortinas y cómo los coches que pasaban por la avenida proyectaban luces móviles en las paredes y el techo.

Sin hablar. Oyendo las cosas.

¿Qué atemoriza a dos niños de diez y once años? A veces, en mitad de un juego, oíamos que una sirena cortaba el aire y los coches de luces intermitentes frenaban en la avenida con un chirrido y esposaban rápidamente a un chico del barrio sobre la acera mientras volvía la cara hacia otro lado de la vergüenza. Se escuchaban historias de chicos a los que se les habían echado encima y les habían dado una paliza, las

caras destrozadas, las mandíbulas tensas. «Lo vi con mis propios ojos», aseguraba uno. «Lo hice yo mismo», decía otro, y nosotros jamás sabíamos si creerles o no. En la tele y en los periódicos salían siempre historias de pandillas, asesinatos en los barrios peligrosos, depredadores que rondaban cerca. Una mañana Francis y yo curioseábamos unos titulares sobre el último episodio violento en una vitrina de periódicos cuando de pronto vi en el cristal nuestras caras reflejadas.

Francis aprendió a leer a los siete años. Leía libros, evidentemente, con bastante frecuencia y hasta bien entrada la adolescencia, aunque también sabía leer las muchas señales y gestos que había a nuestro alrededor. Sabía leer las caras de los chicos del barrio que vagabundeaban en la puerta del 7-Eleven, sabía cuándo saludarlos con la cabeza, cuándo hacerles una broma maliciosa o cuándo seguir de largo sin ni siquiera un contacto visual con aquel par de ojos amoratados. Pero, sobre todo, Francis era capaz de leer a nuestra madre. Sabía reconocer su orgullo, así como los caminos y peajes de sus tareas, sabía que en su trabajo de encargada de la limpieza, y a veces de niñera, no sólo pasaba horas muy duras, sino que, además, tenía que hacer trayectos muy largos, complicadas rutas de autobús hasta edificios de oficinas y centros comerciales y casas de las afueras, esperas eternas en casetas y estaciones a horarios raros, a veces bajo la lluvia o el denso calor de la tarde, otras en el oscuro y frío invierno. Comprendía que, en el largo camino de regreso a casa, hay un momento preciso en que el cuerpo de una madre amenaza con rendirse. Un lugar exacto en la vuelta del autobús por la estación Kennedy en el que acorrala el agotamiento y las extremidades parecen trozos de carne, y que son necesarias